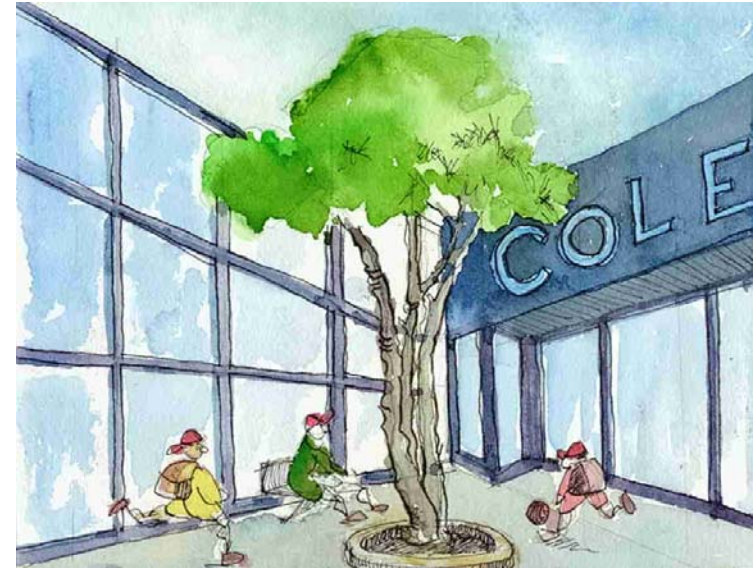


Las Aventuras de Gurriatin y Gusano



Texto: Miguel Albusac Aguilar
Ilustraciones: Javier del Barrio Junquera



Había un pino alto y frondoso junto al patio del colegio , en un pequeño pueblo al pie de altas montañas cubiertas de nieve en invierno , sin embargo , ahora era primavera y el sol lucia mas brillante y mas horas , siendo la temperatura suave . Era abril, el mes de los pájaros decían los ancianos, porque sabían tras muchos años de observar, que durante ese mes los pájaros andaban inquietos y revoltosos. Era el amor.

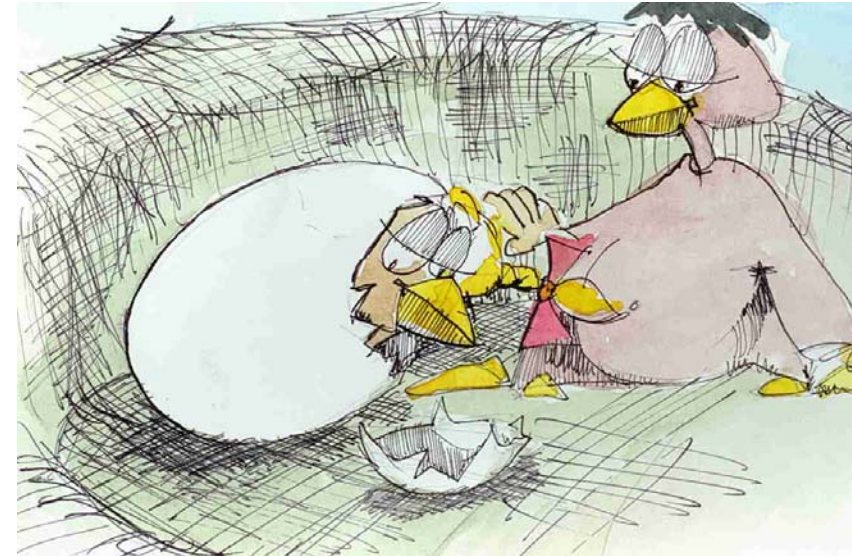
Loa pájaros lo sentían durante ese mes y revoloteaban haciendo atrevidas piruetas para atraer, con sus habilidades, a sus parejas. Hay muchos pájaros, muchas especies, pero nos atrae uno pequeño, sencillo, común y urbano: el gorrión.

La pareja, tras días de apasionado amor, necesitaba un lugar seguro donde hacer su nido y criar a sus nuevos polluelos. Para ello, escogieron el alto pino

junto al colegio. Elaboraron un primoroso nido con pajitas, alguna pluma y pequeños trocitos de corteza de árbol. Era espacioso, limpio, soleado y a la vez fresco, y sobre todo, resguardado del viento y del frío.



Era alentador tener un nido así para criar a nuevos, diminutos y débiles pajarillos. Aquel fue un año difícil, había poca comida y la hembra, ante las dificultades venideras, solo puso dos huevos, que desde un primer momento, protegía y calentaba colocándose sobre ellos. Su pareja volaba todo el día de aquí para allá tratando de buscar comida para el y ella que su mimoso cuidado hacia los huevos puestos, no podía buscar su sustento. Fueron unas semanas duras, trabajosas, pero su instinto le decía que era lo que tenía que hacer. La hembra, futura madre, se sentía un poco sola y humillada allí en el nido, lejos de los límpidos cielos donde acostumbraba a volar, pero también sabía que sus huevos necesitaban de su constante cuidado.

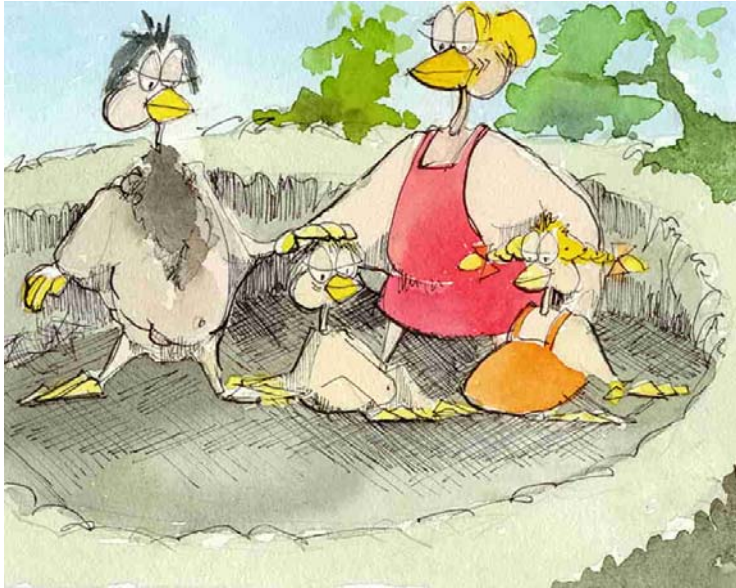


Tras aquellas semanas, una mañana la madre noto que un huevo se movía y que un lejano y débil pio-pio salía de el. Al poco, del otro huevo también salía ese pio-pio y al fin, ambos huevos se rompían. Al principio era solo una fisura, una línea, que se fue haciendo más grande hasta que un polluelo diminuto y exhausto por el esfuerzo, asomaba su cabecita.

Habían nacido Gurriatin y Gurriatina, dos pequeños gorriones, macho y hembra, respectivamente. Débiles, temblorosos, mojados y con un gran pico pidiendo comida.

Habían abandonado la seguridad y confort del cascaron y saltado a la vida, donde no sabían bien que hacer. Solo sentían hambre y frío, y la madre gorriona que era la primera vez que criaba, tampoco sabía bien que debía hacer la madre de unos polluelos en tales circunstancias, pero instintivamente limpio el nido de los restos del cascaron de los huevos y se puso junto a ellos

para prestarles su calor. Habían nacido en un mundo difícil, de amenazas constantes a su existencia en estas primeras semanas de su vida. Ellos no sabían esto, pero sí que lucharían por subsistir.



Gorrion padre pronto apareció con un semillitas para introducir en aquellas grandes bocas, casi imposible de saciar.

Ahora como padre debía alimentar a su compañera, que debía permanecer en el nido al cuidado de la prole y a esta también. Su esfuerzo era constante. Desde que el sol salía hasta que se ponía, incesantemente volaba entre el nido y sus alrededores en búsqueda continua de alimento para su familia: una semilla, un bichito, una miga de pan del patio del colegio en el que los niños comían su bocadillo en la

mañana. Al llegar la noche, gorrion padre estaba cansado, muy cansado. Toda la familia se acurrucaba para darse calor y descansaba. Pero no todos descansan en la noche



Durante la noche hay tanta vida como en el día. En este, los pájaros vuelan alegres agitando sus pequeñas alas bajo un cielo azul y mostrando los bellos colores de sus plumas al sol. Los niños corren y gritan contentos con sus juegos en el patio del colegio, y los hombres y mujeres del pueblo van a sus quehaceres. Unos van al campo para cultivarlo, otros, pastores, llevan sus rebaños a los montes cercanos, algunos son profesores y profesoras, y los demás en fin, van de compras o a realizar alguna visita. Y en la noche, muchos animales

grandes y pequeños, buscan su sustento.



Es la ley de la naturaleza. Algunos olfatean, buscan y emboscan a sus presas.

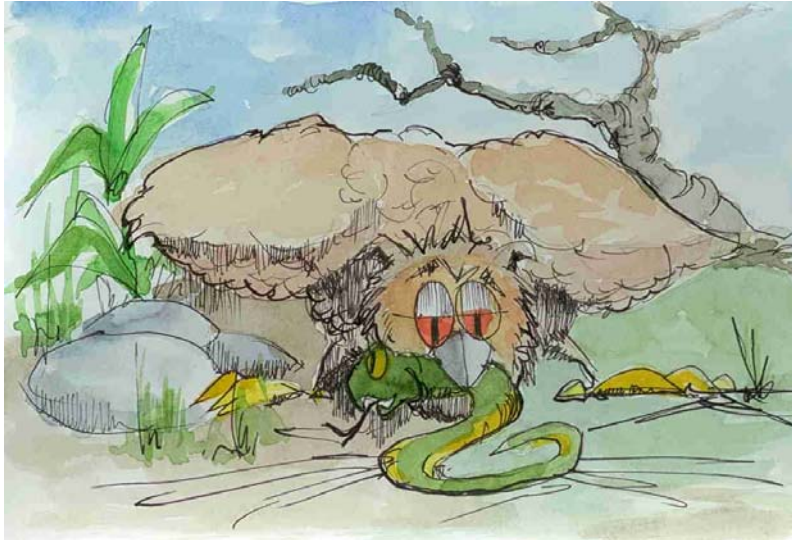
Otros, las aves nocturnas, vigilan en la noche y sobrevuelan en silencio hasta el pequeño roedor que no estuvo atento en la búsqueda de una bellota perdida. También los hay que serpentean sigilosamente sobre el suelo o sobre los arboles detectando sus presas con una lengua bifida en continuo movimiento, a través de la cual detectan olores, sabores, ruidos y algún lejano pio-pio.

Aquella era una noche oscura y soplaban de la cercana montaña un aire frío, a pesar de ser primavera avanzada. La familia de gorriones se apretaba más que nunca, ajenos a cuanto ocurría en la noche, y solo deseando que el sol saliera cuanto antes y calentara sus plumas. Pero aun quedaban horas de oscura noche y un peligro se cernía sobre ellos.



Una larga culebra se había enroscado suavemente en una rama situada sobre el nido. Su cabeza oscilaba continuamente en busca de un rastro. Tal vez, alguna pequeña ardilla acurrucada en un hueco del viejo tronco, tal vez unos huevos recién puestos en algún nido o unos pequeños y desarmados pajaritos. Y encontró a estos en su nido durmiendo en una oscura y fría. Sujeta por la cola en la rama donde se hallaba, bajaba despacio su cabeza, lentamente sobre el nido mientras su bífida lengua le indicaba la proximidad de los dormidos pajaritos. Nada parecía detener a la hambrienta serpiente en su caza nocturna. Solo quedaban unos centímetros para que su enorme boca alcanzara aquella familia que descansaba tras un largo día. Sin percatarse lo más mínimo, del terrible peligro que sobre ellos pendía. De pronto, se oyó un rápido aleteo y unas poderosas garras arrancaron la serpiente

de su rama. ¿Qué ocurrió? ¿Quien, tan oportunamente, salvo aquella familia en el ultimo momento?



Un enorme búho hacia su guardia nocturna dos ramas más arriba del nido sobre el alto pino. Permanecía absolutamente quieto, solo giraba su gran cabeza con unos ojos muy abiertos; observaba y observaba cuanto acontecía a su alrededor. Y viendo a la serpiente en su caza, lanzose sobre ella con la velocidad de un rayo en aquella noche oscura y fría, un rayo veloz que salvo a nuestra familia de gorriones que esperaba en un inquieto sueño la salida del sol en la mañana para reiniciar sus quehaceres.



¡Aquel viejo búho ¡¿Sabéis? Vivía en aquel pino hacia mucho tiempo. Era muy conocido por quienes Vivian en él. Durante la noche cazaba y vigilaba y durante el día dormía, aunque muchos días no podía descansar bien por los gritos, carreras y risas de los niños en el patio del colegio. Pero aquel árbol le gustaba. Estaba bien situado y el vecindario era buena gente.

Los primeros rayos de sol aparecen tras el horizonte y nuestros pajaritos empiezan a desperezarse y piar. Es hora de buscar el desayuno, piensa papa-gorrion. Extiende sus alas para calentarlos un poco al sol y salta del nido en búsqueda de aquello que pueda encontrar y traer hasta el nido, donde gurriatin y gurriatina no dejan de piar. En algún campo cercano encuentra algunos insectos que apenas se mueven aun por el frio de la mañana.



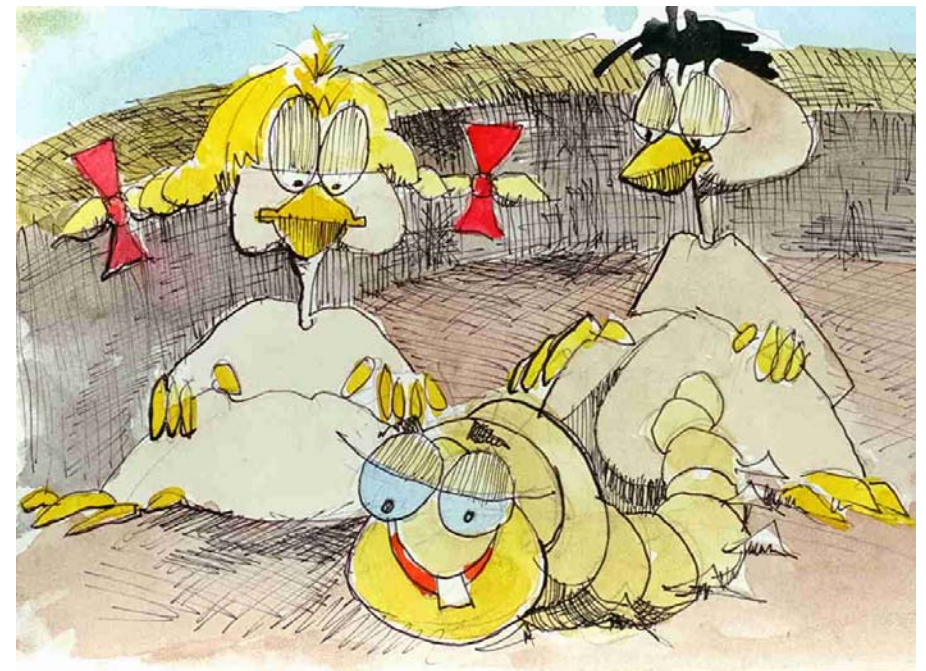
Los días pasan y nuestros pajaritos van creciendo muy rápido. Los niños del colegio con sus canticos, juegos y carreras, llaman su atención y piensan que, tal vez, dentro de poco ellos también podrán jugar, a juegos de pájaros naturalmente. Se veían saltando de rama en rama; en vuelo acrobático entre arboles y disputando por una miguita de pan.

Durante la primavera se produce una eclosión de nuevas vidas, y miles, millones de pequeños, muy pequeños, huevos de insectos dan lugar a millones de pequeños gusanitos y larvas que deben desarrollarse, transformarse y poner, a su vez, sus huevos para que la vida continúe generación tras generación.

Pasaron unos días y en una de tantas salidas de papagorrión en búsqueda de comida para su familia, encontró uno de estos gusanos sobre una hoja grande y

verde. Lo tomo con el pico, sin hacerle daño, y lo llevo al nido. Pensó que sus hijos se divertirían un poco con él y después...

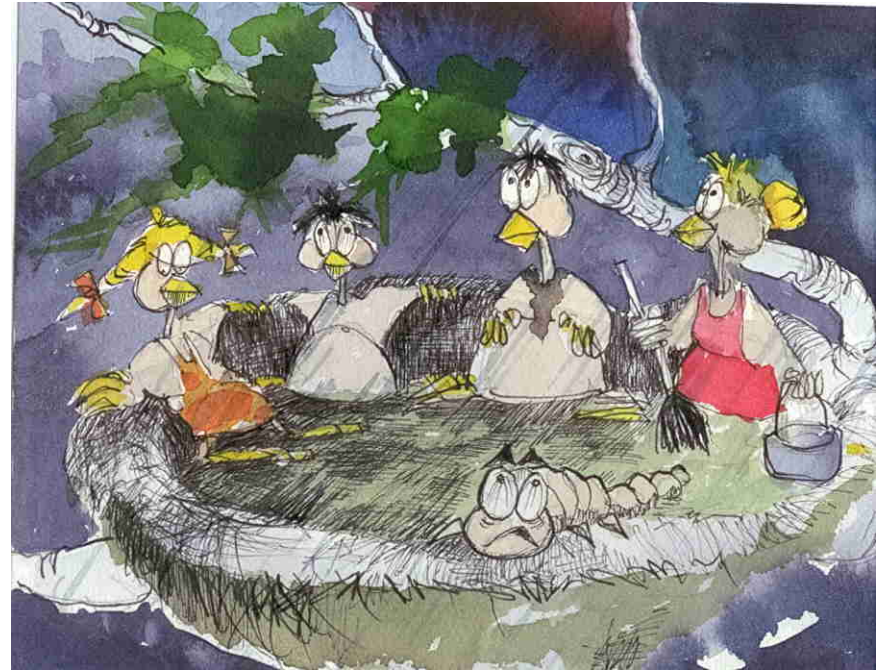
Este gusano era distinto de los demás: era mas gordito, se estiraba y encogía para caminar con elegante gracia y y su expresión muy amigable. Caía bien enseguida y hacia mucho amigos. Cuando Gurriatin lo vio, le gusto su rostro de ojos grandes y quiso ser su amigo. Se presento y dijo que era un gorrion pequeño y aunque muy diferentes, podrían jugar juntos.



Gusano respondió que ese era su nombre y como los de su especie, estaba obligado a caminar siempre despacio y sobre el suelo: no podrían correr juntos y otros juegos en común parecían difíciles, pero si podrían

en cambio, conversar y contarse cosas. Fue así, como nació aquella amistad entre dos criaturas tan diferentes. Gusano se quedaría a vivir en el pino y podrían verse todas las tardes.

Gusano conocía a mucha gente, porque en su lento caminar siempre encontraba con quienes compartir un poco de conversación y le contaban historias, cuentos, y a veces penas. Gurriatin lo escuchaba atentamente y le gustaba mucho cuanto decía. Ya lo había presentado como su amigo a su hermana Gurriatina y a mama-gorrion. Como el nido estaba muy lleno porque las crías ya habían crecido bastante, él se colocaba en el borde del mismo y allí pasaba las tardes hasta el anochecer. Pero una tarde, en que toda la familia participaba de la conversación, estaban tan animados que no se dieron cuenta de como el cielo iba cambiando rápidamente. Primero eran unas nubes blancas que aparecieron por poniente, eran ligeras, bonitas y en ocasiones ocultaban parcialmente el sol. Viajaban muy deprisa por el viento que las empujaba y pronto detrás de estas primeras, aparecieron otras más oscuras y densas y anochecía rápidamente. En poco tiempo se hizo de noche y el viento arrecio. Gusano pensó que debía marcharse pero se dio cuenta que era demasiado tarde. Ya el viento soplaba con fuerza y las primeras gotas de la tormenta hicieron su Aparicio, al principio dispersas, pero enseguida se convirtió en un intenso aguacero.



Gusano tenía su refugio en un pequeño hueco del pino, pero en aquella horrible noche no podía llegar a él. Hasta el pino alto se quejaba ante el empuje del viento furioso que arrastraba tras de si el mar en forma de lluvia. Los gorriones le hicieron un hueco en el nido, pero el nido tampoco estaba seguro ante el movimiento de las ramas que lo sostenían, agitadas con ímpetu. Pasaron la noche haciendo equilibrios imposibles tratando de no caer del nido. Ello sería el fin. De tanto en cuanto, una claridad azulada iluminaba el bosque circundante como si de día fuese, continuando un tremendo estruendo que dejaba aterrados a todos los habitantes de aquel bosquecillo. Era mayo pero ellos no lo sabían, y nunca habían visto una tormenta. Otros habitantes, como el viejo búho y el astuto zorro ya lo

habían visto antes muchas veces, pero también sentían miedo. El búho, fuertemente agarrado a su rama con sus poderosas garras, cerraba sus ojos estoico y dejaba que la lluvia cayera cuanto quisiera sobre sus plumas que lo protegían y guardaban. El zorro enroscado junto a la madriguera, cuya entrada guardaba, y en su interior la raposa amantaba y daba calor a sus cuatro cachorros.

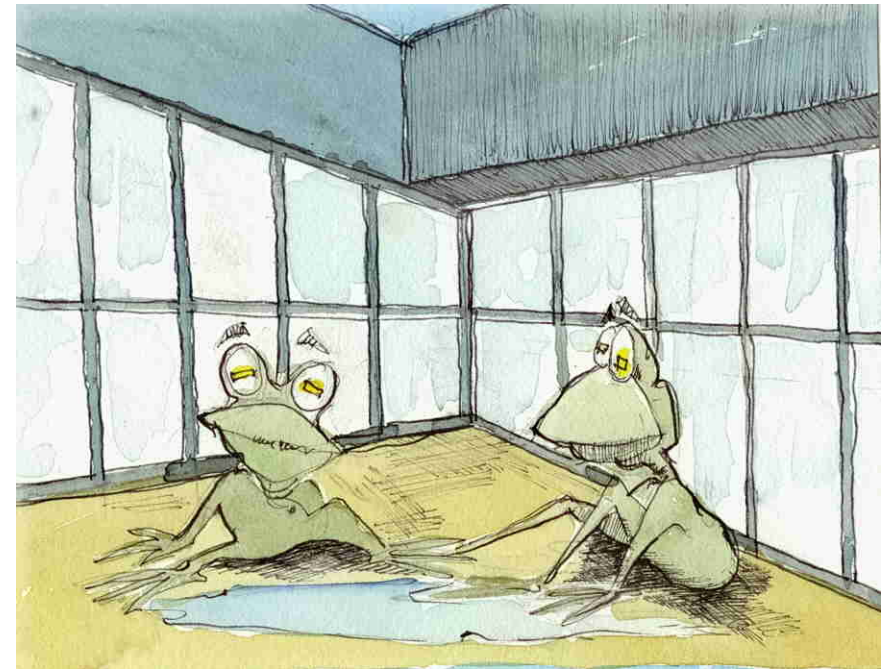
La tormenta paso lentamente y en la lejanía se oían aun los truenos. Las últimas gotas de lluvia dejaron de caer y el olor a tierra mojada llenaba la noche junto al murmullo del agua de un arroyo cercano, crecido por la tormenta.

En el nido todos estaban empapados pero, al fin, lo peor había pasado y era necesario esperar a la mañana para que el sol los secara.

Gusano, cuando pudo, se fue a su casa. Estaba rendido tras una noche horrible y durmió hasta media mañana. Gurriatin y Gurriatina estaban hambrientos y contentos como si nada hubiera ocurrido, y con las plumas aun húmedas tras la lluvia, aleteaban constantemente para que pronto se secaran. Para mama gorriona aquella fue una señal de que sus polluelos se hacían mayores, pues así, instintivamente, hacen para fortalecer sus alas que en breve les permitirá volar y abandonar el nido.

Cuando llego la tarde, Gusano llego al nido como hacia todas las tardes desde que era amigo de Gurriatin y su hermana. Se arrastraba lentamente y tenía cara de cansado; la noche anterior aun no había borrado sus efectos en el rostro.

Casi al poco de llegar, les llamo la atención un canto que nunca habían oído antes, era continuo y saltaba de aquí para allá.



No era triste ni tampoco alegre, era más bien monótono. Se trataba del croar de unas ranas que habitaban, al menos temporalmente, en una charca próxima formada por la lluvia de la noche anterior. Especulaban sobre lo que aquello podía ser, e incluso pensaron en preguntar al viejo búho de que se trataba, pero él estaba allí alto en su rama, distante. En sus

juegos, Gurriatin trataba de repetir el sonido de las ranas y Gusano y su hermana se reían porque le salía muy mal, pero su madre, mama gorriona, se empezó a preocupar porque aquello no era el pio-pio que esperaba de su polluelo.

Pronto llegó la hora de cenar y Gusano se marchó temprano.

Gurriatin cada día agitaba más sus alas. Imitaba a sus padres en el vuelo, pero también surgía en él la necesidad de hacerlo. El y su hermana sentían que tenían que hacerlo. Volar era su destino porque el nido ya era pequeño y el mundo que veían desde el pino alto, muy grande y fascinante. Querían hacerlo pero no podían aún. Sus alas no tenían la fuerza necesaria para impulsarlos en el vuelo y el miedo, sí, el miedo a lanzarse al vacío... y volar.

Los niños del colegio próximo jugaban en el patio. Corrían, gritaban, pateaban la pelota, comían su bocadillo, y cuando los gorriones se aproximaban buscando alguna miga de pan caída en el suelo, ellos trataban de alcanzarlos con los brazos abiertos, no para hacerles daño sino para incluirlos en sus juegos. Claro, levantaban el vuelo y a nuestros pajarillos que lo veían todo desde el alto nido, les producía confusión.



Intuían que el mundo ahí abajo no sería fácil, pero habría oportunidades. Conocerían que hay más allá del alto pino, más allá del arroyo y más allá de aquel horizonte que se dibujaba lejano.

Gurriatin continuaba en su esfuerzo por aprender el vuelo que tanto deseaba. A veces, se sentía inquieto y sudoroso, y aunque lo compartía con su hermana, no era suficiente. Su madre, volando alrededor del nido los invitaba a que la siguiesen en su vuelo, pero no podían. Se mezclaba el deseo de volar y el miedo hacerlo. Sus padres continuaban alimentándolos y debían salir ambos todos los días en busca de comida. Estando en una ocasión ellos solos en el nido, una enorme sombra cruzó sobre sus cabecitas. Sorprendidos y asustados

vieron que el viejo búho se había posado en una rama junto al nido. Para ellos, él era la sabiduría y el equilibrio.

Búho les pregunta:

_ ¿Tenéis miedo?

Ellos se miraron sin saber que contestar.

Gurriatin, titubeando, responde:

_ No...no,...pero...

_ No lo tengáis. Les dice Búho, y añade:

_ Os he estado observando y comprendo vuestro esfuerzo y miedo. Todos los pájaros hemos pasado por esa situación, pero nuestro destino es volar y hemos de pasar por esa fase de aprendizaje. Después, es algo natural y forma parte de nosotros mismos. De lo contrario, no seríamos pájaros.

Los miro y espero su reacción. Ambos polluelos se observaban sorprendidos que aquel "pájaro" hubiera tenido miedo también a volar y que alguna vez no supiera hacerlo.



Búho añadió:

_ Os voy a contar algo que oí de mi padre, y él a su vez del suyo, y así durante muchas generaciones.

Gurriatin y su hermana estaban embobados con la conversación de Búho. No se lo podían creer. Su interés crecía por momentos y ahora, ante el anuncio de Búho, su expectación era enorme.

_ Búho dice: ¿deseáis que os lo cuente?

_ Ellos añadieron excitados: si, si, por favor.

Búho compone su voz y empieza:

*El águila en su alto vuelo
Recorre los espacios con majestad,
Señora del cielo donde vuela,
De la pradera donde caza
Y de la peña donde cría.*

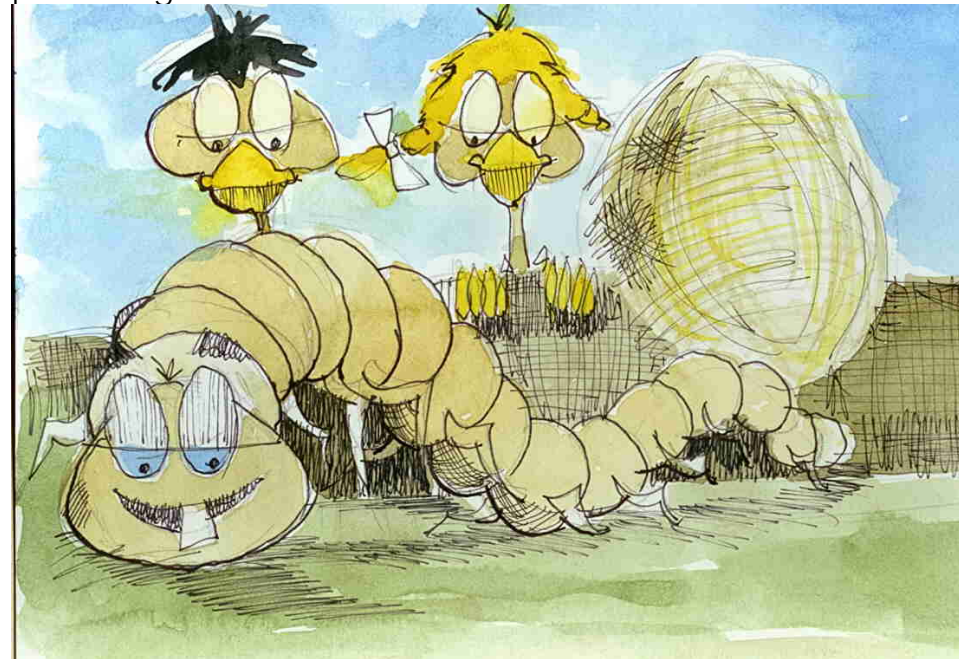
*Su perfil sereno y dominador
Se recorta en el azul del cielo.
Todo observa y todo ve desde las alturas.
Rápida y fugaz,
toma con sus poderosas garras
todo lo que ansía.
Cuida y mimosa amorosamente
a sus crías.
Se su amigo,
pero no su enemigo, si puedes.
Siempre evítala.*

En el nido las cosas discurrían con la normalidad que la naturaleza imprime en el crecimiento y aprendizaje de las criaturas de su seno. Sin embargo, la conversación mantenida con Búho les produjo a nuestros polluelos tal efecto, que desde entonces sintieron como si hubieran dado un gran salto en la comprensión de sí mismos y su destino.

Gurriatin andaba preocupado por Gusano. Hacia dos días que no venía al nido, así que cuando lo vio aparecer con su lento arrastrar, salto de alegría. Echaba en falta su compañía y sus juegos. Ah! Pero su preocupación no cesó porque seguía teniendo muy mala cara. Su conversación no era clara porque, de vez en cuando, un fino y brillante hilo salía de su boca. Gurriatin le contó la visita de Búho y Gusano reaccionó como si intuyera el futuro, como si una luz le mostrara un camino que desconocía. Les dijo que no lo verían durante unos días porque emprendería un largo viaje a un lugar que aún no sabía. Les dijo, también, que se encontraba confuso, que siendo un gusano sentía un

impulso incontenible de volar. Por su mente pasaban palabras e imágenes que nunca había oído y visto.

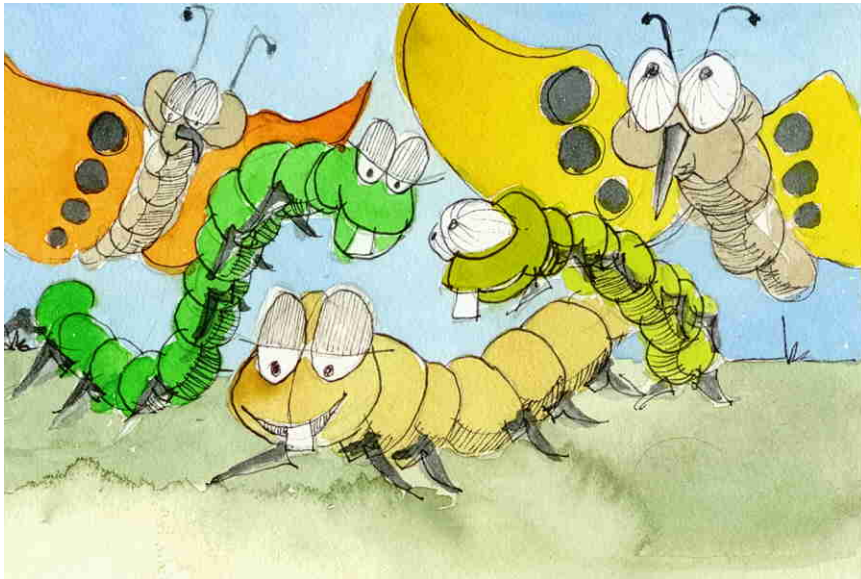
Surgían del fondo de su ser sin haber tenido experiencias previas sobre ellas y le marcaban un destino que no podía negar.



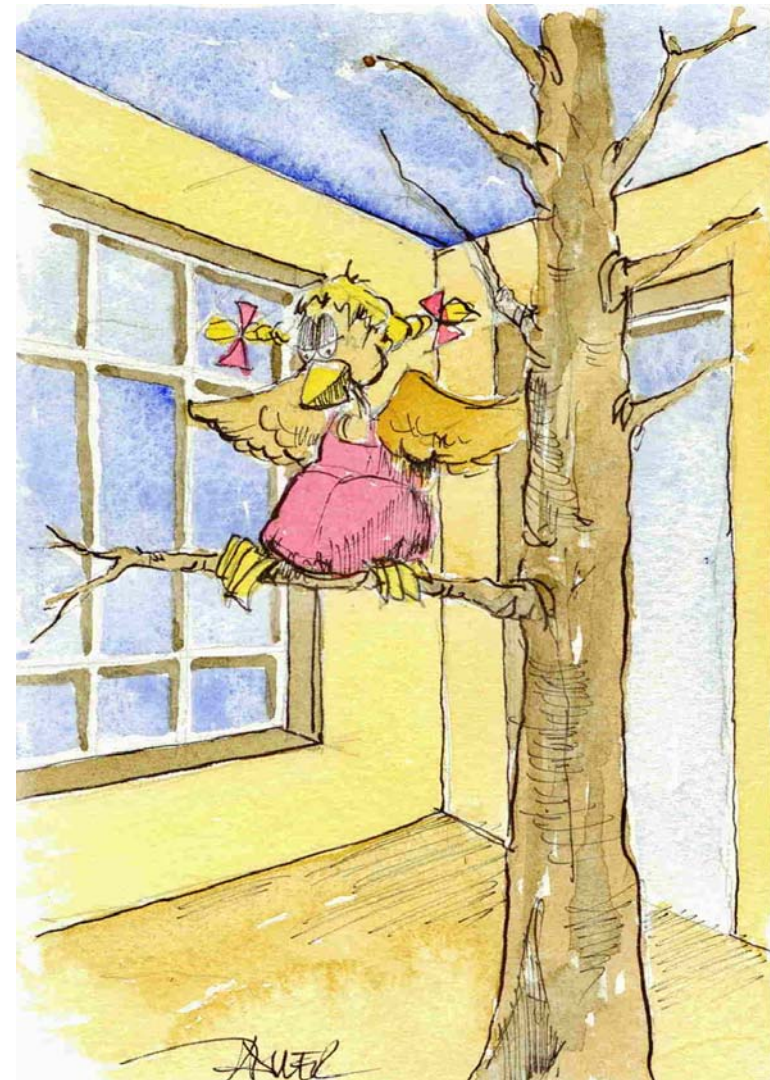
Ya, con los últimos rayos de sol de la tarde y como si fuera una despedida, les contó que tenía miedo a lo nuevo, a lo desconocido. Les dijo, que ellos tenían padres que cuidaban de ellos, los alimentaban, les daban su calor, los protegían en las noches oscuras, pero él no tenía padres a quienes seguir e imitar, por eso no sabía que pasaría después. Ellos crecerían y como sus padres volarían y tendrían, a su vez, pajaritos a quienes cuidar. El solo sentía un impulso muy fuerte, surgido desde lo más profundo, desde la última pata de

sus cien patitas, que lo guiaba en todo momento y ahora, en este en concreto, debía encontrar un lugar que estaba en su mente y empezar a tejer un capullo de seda dentro del cual el terminaría.

Gurriatin y Girriatina no volvieron a ver a Gusano, sin embargo, sabían que no lo habían perdido del todo. Aquel sentimiento de amistad y unión que surgió entre ellos no podía perderse, no podía pasar a formar parte de la nada, de la no existencia, porque la existencia es real y una oportunidad concedida por los dioses a lo más noble, y entre lo más noble esta la amistad.



Ambos siguieron con sus juegos convirtiéndose en unos mozos, mozos de pájaros, pero mozos. Ya a saltitos y ayudándose de sus alas, pasaban de una a otra rama en el entorno del nido.



Cada vez se aventuraban más lejos, sobre todo hacia abajo, hacia el suelo, aunque luego costaba mucho remontar hasta el nido otra vez. Sus padres se alegraban de este progreso por ellos, sus hijos, pero

también por ellos, sus padres, pues ya exhaustos en la búsqueda y transporte de comida al nido, veían la posibilidad de una pronta liberación de tan duro y responsable trabajo.

Pero mientras tanto, nuestros polluelos, entre juegos, aprendían a volar. Sí, y aprendieron. Su confianza fue en aumento hasta que un día Gurriatina, impulsada por su curiosidad, se dejó llevar, entremecida por el viento y el aún torpe batir de sus alas, hasta el patio del colegio. Ahora no había niños en él, pero sí los había visto muchas veces correr bajo las ventanas de las aulas. Sintió que desde ahí era enorme; no podía recorrerlo con sus breves saltitos como había visto hacer a los pequeños en sus horas de recreo.

Pero allí olía a niños, a juegos, a carreras, a voces que llaman, que gritan. Gurriatina se sentía bien en aquel patio. Aquel enorme espacio no tenía límites ni fronteras. Podría ir de acá para allá, con la única compañía de su sombra a la que aún no conocía. Pensó que estaba bien ser pájaro, pues podría ir a lugares distintos y remotos, sus alas la conduciría por los inexistentes caminos del cielo, posándose donde más le gustase.

Encontró sobre el pavimento una miguita y después otra. Las picoteó y se alegró de haber encontrado alimento por sí misma.

El alto pino desde allí, era altísimo, y hasta el nido habría de remontarse tras esta solitaria aventura. Costó un poco el inicio del vuelo hasta la primera ramita, pero después fue fácil saltando de rama en rama.

Fue un día feliz para ella. Al fin, Gurriatina volaba.



Gurriatin sentía por su hermana, tras su proeza de volar hasta el patio del colegio, una mezcla de admiración y envidia sana que le impulsaba a esforzarse en el aprendizaje. Ponía más empeño y se fijaba más en la técnica de su hermana para el vuelo. Hacia todo lo que tenía que hacer según él creía, pero los resultados eran pobres. El pio-pio de su hermana lo animaba a seguirla, pero su falta de seguridad lo trababa.



Búho con un ojo entre abierto, los veía todos los días en su animado revuelo y pensó que tendría que dar un empujoncito a Gurriatin en su esfuerzo por el vuelo. Así, dos días después y aunque no eran sus horas pues dormía de día, de un salto y casi sin mover sus poderosas alas, saltó desde la rama de arriba y se colocó en otra de más abajo junto a Gurriatina y enfrentados al nido desde donde Gurriatin pretendía seguir a su hermana. Esto era demasiado. Frente a él estaban Búho y su hermana invitándolo al vuelo, animándole, pero sobre todo, dándole esa pizca de

seguridad que a él aún le faltaba. Animado, saltó, agitó sus alitas y voló; voló aún más lejos de donde estaban Búho y Gurriatina. Sintió que podía hacerlo y que era maravilloso; libre y fuera del nido, con dominio del aire y su destino (esto no lo sabía, pero lo intuía). Su hermana se unió a él y ambos volaron hasta el patio que tantas veces habían visto desde arriba, desde el nido, como lejano e inalcanzable y que pertenecía en exclusiva a aquellos niños, algunas veces, tan gritones.



Corretearon alegremente sobre él, con pequeños vuelos incluidos, saboreando la posesión, aunque breve, de tan cercano solar. Sabían que aquel patio era de los niños del colegio, pero a partir de aquel instante ellos formaban parte de él y él entraba en su mundo. Los dos hermanos vislumbraban las muchas posibilidades que se abrían con su dominio del vuelo. Como sus padres podrían ir y venir, alimentarse y conocer a otros gurriatos. Alejarse del nido y ver desde

los tejados del cercano pueblo que ocurría en sus calles, conocer a donde llegaba aquel camino que serpenteaba en el bosque y tal vez, cuando sean mayores, llegar hasta aquella estrella brillante que aparece en el cielo antes que el sol, justo al alba.

Bien temprano salían ya con sus padres en búsqueda del desayuno. Junto a ellos aprendieron lo que debían comer y donde buscarlo. Ahora en primavera, era fácil encontrar alimento; había multitud de oportunidades porque se producía una explosión de vida, y también de luz y color que apoyaba esa vida formando más vida.



Tras el desayuno, Gurriatin y Gurriatina emprendían su propio vuelo para ver y conocer el pequeño-gran mundo en torno al nido donde habían nacido y vivido. La luz y la brisa les orientaba a escoger una dirección de vuelo en busca de novedades, aunque realmente todo era novedad para unos gurriatos que iniciaban sus

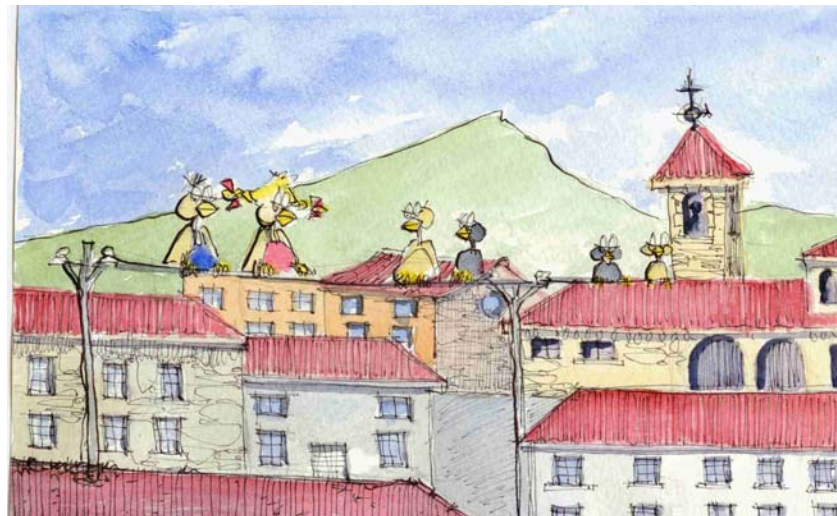
primeras andaduras. En uno de ellos, llegaron hasta un prado grande, verde y redondeado donde muchas ovejas pastaban en la fresca hierba y un perro, ágil y atento, vigilaba y cuidaba de ellas, mientras el pastor, un poco retirado, atendía a una de ellas que estaba pariendo. Cuando se posaron sobre aquel suelo almohadillado por la turgente hierba, las ovejas apenas levantaron la cabeza. Algunas, más cercanas, les dirigieron una tonta y distraída mirada, esa mirada que mira sin ver. Cubiertas con abundantes rizos de lana que las protegían de los rigores del frío, lluvia o viento, practicaban lo que más les gustaba dedicándole, por ello, la mayor parte de su tiempo. Entre ellas, había pequeños corderitos que andaban junto a sus madres buscando, de tiempo en tiempo, sus abultadas tetas para mamar de aquella tibia y nutritiva leche. Al perro no le gustaban los intrusos, aunque fueran un par de inofensivos gurriatines, pues podían asustar a las ovejas y dispersarlas, lo cual le ocasionaría un trabajo extra al tener que corretear y ladrar a su alrededor para volver a agruparlas. Así, levantaron vuelo y se posaron junto al pastor que prestaba toda su atención a aquella oveja parturienta. Pronto, un nuevo y pequeño componente del rebaño aparecía desde el interior de su madre. Frágil, tembloroso y mojado, al que el pastor y su madre ayudaban a ponerse de pie y dar sus primeros pasos. Sin saber que hacer tras su alumbramiento, y un poco incómodo por la luz y el frío que veía y sentía por primera vez, daba torpes pasos en torno a su madre buscando su olor y amparo, lo único que conocía. También sentía hambre, y buscaba y rebuscaba en su madre lo que no sabía pero su instinto le decía y

encontró, al fin, la cálida teta de su madre de la que succiono hasta que se hartó.



Los gurriatos creían que en el mundo solo estaban los pájaros y los niños del colegio y... Gusano ¡Claro!, y al contemplar todo esto por primera vez, supieron que el mundo podía ser muy distinto y diverso. Había mucho que conocer y saber.

Las tardes eran ya muy largas y el ajetreo desde bien temprano, les cansaba y obligaba a Gurriatin y Gurriatina a volver al nido mucho antes del anochecer. Sobre todo ese día que habían llegado hasta el cercano pueblo. Allí volaron sobre sus animadas calles, llenas de gente que vestía con vistosos colores. Corretearon por sus aceras picoteando cuanto encontraron.



Se posaron sobre unos cables de alumbrado muy concurridos por otros gorriones, y allí supieron de otros de su especie que luchaban por los mejores sitios, por más comida, más agua, y no siempre era fácil. Había árboles que daban cobijo y sombra para aquellos que vivían en la ciudad. El viento dispersaba el agua del surtidor de una fuente en la plaza. Aquellas gotas de fina lluvia les parecían agradables y permitían la limpieza de sus plumas. Sintieron el tañer de una campanas, sonido que solo habían oído amortiguado por la lejanía, pero que ahora sonaba estruendoso y tan cercano, que todos los pájaros emprendían asustados un veloz vuelo de huida.

También había música y petardos en la calle, estos peores aun que las campanas; sin embargo, para los que Vivían allí esto no les asustaba tanto, aquello era una fiesta y había oportunidad de mucha comida.

Volvieron al nido ahitos de comida y novedades vividas en el pueblo. Estaban cansados y deseaban descansar junto a sus padres, pero el nido estaba vacío...y frío. Sus

padres no regresaron aquella noche. Fue una noche larga de espera, la primera sin su calor.



La mañana llegó tarde. A veces, cuando la espera llena el alma de incertidumbre e inquietud en la noche, el sol tarda en subir el horizonte y mucho más en prestar su

calor. A nuestros gurriatos les llegó el día sin entender por qué sus padres no estaban en el nido como otras mañanas, pero el hambre y el instinto les impulsó a salir y volar para encontrar con que romper el prolongado ayuno de tan larga noche. Llegaron hasta el arroyo cercano donde encontraron frescas y sabrosas semillas que picaron con deleite, lavando sus plumas, después, en el agua clara de un remanso.



En un clarito donde unos tibios rayos de sol llegaban, secaron sus plumas para emprender a continuación su vuelo en un día más de aprendizaje y juegos. Aquel día no tuvieron que ir muy lejos para encontrar la diversión que buscaban. Justo en el alto-pino encontraron unas simpáticas ardillas que corrían ágilmente por sus ramas con piñas. Eran unos vecinos que no habían visto antes, aunque realmente antes no sentían la inmensa curiosidad de ahora. Volaron y posándose en su cercanía querían observarlas, jugar y competir con ellas, pero bien pronto se dieron cuenta que ellas no querían

jugar y estaban muy ocupadas en la búsqueda de sus semillas, pero además, ellas no tenían plumas, ni alas, ni volaban. Tenían pelo, movimientos muy rápidos y una colita enroscada sobre sí mismas. Era otra especie con nada en común, salvo el alto-pino. Una forma de vida más en la diversidad del bosque.



Algo más tarde, también atrajo la atención de nuestros gurriatos: las interminables filas de hormigas que subían y bajaban a lo largo del tronco de ese hogar común que era el alto-pino. Ordenadas, activas y disciplinadas, unas subían sin más cuidado que permanecer lo más cercana posible de la anterior y servir de guía a la posterior. Las que bajaban, además de guardar cuidadosamente la fila, portaban toda clase de hojas para alimento y organización de su complejo mundo en el hormiguero. Estas eran las obreras, pero otras, las

guerreras, más fuertes y dotadas de anchas mandíbulas las protegían ante posibles peligros. Los gurriatos, ante esta estrecha cinta en continuo movimiento, corrían a lo largo esperando encontrar un principio y un fin a la misma. No lo encontraron, y abandonaron todo intento de comprender a estos pequeños seres.

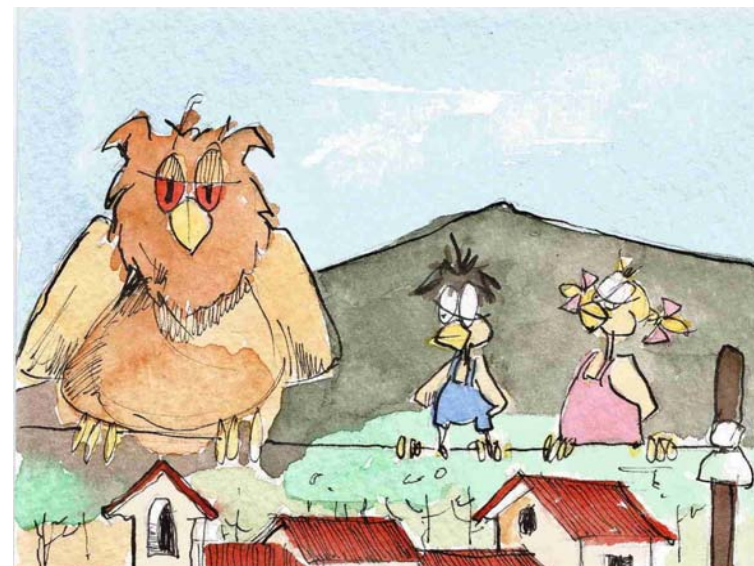
Conforme el sol calentaba, la sed se hacía presente y la necesidad de volver al arroyo para beber agua. Unos rápidos aleteos les llevaron pronto junto al agua, muy solicitada a esta hora de la mañana. El agua clara remansada en una pequeña charca, prestaba frescor y un medio de vida a multitud de pequeños seres que la hacían rebosar de vida y sentido en aquella mañana luminosa de final de primavera. Había zapatones, pequeños renacuajos, ágiles y plateados pececillos, otros pájaros de ribera y... mariposas, muchas mariposas de bellos colores posándose con afectada elegancia en las florecillas silvestres, delicadas y flexibles, que moteaban la verde hierba.

Gurriatin, viendo reflejado su blanco pecho sobre aquella agua tranquila y limpia, piaba para llamar la atención de aquel amigo encontrado allí para nuevos juegos. Piaba a las mariposas que revoloteaban junto a él, a la pequeña rana que hacía " chop " al saltar al agua, a su hermana Gurriatina.



Se sentía parte de todas las vidas que daban vida a aquella charca. Estaba bien en aquel pequeño mundo del que formaba parte.

Búho observaba, y su experiencia le decía que ocurría lo que otras veces antes había ocurrido con otras nidadas. Gurriatin y Gurriatina, ya jóvenes adultos, habían sido abandonados por sus padres. Estos tendrían que vivir sus vidas y sus padres habrían de criar nuevas nidadas para que siempre hubiera gorriones, pequeñas y humildesavecillas, surcando el cielo y alegraran a los demás con su pio-pio.



Gurriatin y Gurriatina espaciaban cada vez más su visita al nido familiar. Ya buscaban su comida como sus padres le habían enseñado y a la noche, buscaban cobijo con otros gorriones donde descansar. Durante el día emprendían cortos vuelos de aquí para allá, reconociendo un terreno como propio y conociendo y valorando las diversas oportunidades que aquel les ofrecía. Unas veces era un camino por donde transitaban personas y ganados, otras un árbol con fresca sombra y en fin, otras un claro en el bosque donde revolotear espaciosamente como en aquel patio de colegio donde sintieron la emoción del primer vuelo.



En uno de aquellos luminosos claros cubiertos de verde pradera, una mariposa con bonitas alas cubiertas de ojos, sí, con bellos dibujos como si fuesen ojos, revoloteaba muy cerca de ellos. Al principio, no hicieron mucho caso, pues ya habían visto otras similares junto al arroyo, pero poco a poco se familiarizaron con su presencia cercana y emprendían juegos como el pillito-pillo, correr uno tras otro casi hasta alcanzarse para en el último momento dejarlo y volver a empezar. La luz, el calor del sol y la energía de la primavera, daban impulso a todo aquel querer y llegar. No existía límite a la entrega a la que la naturaleza invitaba. Era fuerza, corazón y necesidad de vivir lo nuevo, aquello que conduce también a lo nuevo, y despertar los espacios oscuros y vacíos del saber más allá de la realidad, lejos de las rocas donde el mar rompe y el sol se esconde en un camino de oscuridad e ignorancia.



Alejados del cansancio, de cuando en cuando, se posaban en la pradera y sentían el vibrar de una tierra milenaria que les había visto nacer. Ese vibrar es sentir la vida y conocer algunos, solo algunos, de esos secretos que sostienen una vida continuada por muchas generaciones, aunque ellas incluso cambien. Algo recóndito y remoto les decía que habían vivido aquello antes. No sabían cómo y cuándo, pero las sensaciones vividas no eran nuevas. Ellos no lo sabían. No podían saberlo, pero habían encontrado a Gusano tras la transformación exigida por el devenir de la naturaleza. La sensación y percepción de algo cercano y próximo en lo más básico de la vida, era más importante que la evidencia misma.

Juntos emprendieron un vuelo largo y zigzagueante a otras praderas, remontaron setos y juntas las tres siluetas, se fundieron en una sola sobre el horizonte.

FIN DE DE TEMPORADA